

LA DELGADA LÍNEA

AUTOR: COMANDANTE MIGUEL GONZÁLEZ MOLINA



El sol brillaba con toda su fuerza y esplendor facilitando que la humedad de la frondosa vegetación, producida por las recientes y frecuentes lluvias, desapareciera con rapidez. Era lo normal en noviembre en este remoto país de África en el que se encontraba de misión: Gabón. Un paisaje verde maravilloso, de selva y de naturaleza en estado puro.

Natalia formaba parte del *Destacamento Mamba* del Ejército del Aire y del Espacio, que prestaba apoyo logístico y táctico al Ejército Francés y a las Fuerzas Internacionales pertenecientes a la misión de Naciones Unidas de MINUSCA, así como el apoyo a la Unión Europea en la República Centroafricana. Participaba en su primera misión a sus recién cumplidos 20 años y la experiencia le estaba resultando mejor de lo esperado. De hecho, era una novata rodeada de compañeros con gran cantidad de misiones a sus espaldas, que se sentía muy querida y valorada, a lo que se sumaba el encanto de descubrir África y sus gentes. Formaba parte del equipo sanitario del destacamento, como auxiliar de enfermería, junto a Marta, comandante médico, y Pablo, el capitán enfermero. Era el trío inseparable encargado de “proteger a los que protegen”, como le gustaba decir a Marta.

Habían llegado a Libreville, la capital del país, hacía apenas un mes y eran un total de 45 militares españoles, la mayoría de ellos pertenecientes al Ala 35, unidad de origen del avión C-295 que, “H24”, estaba operativo para prestar el apoyo que se les pidiese, y que, a tenor de las horas de vuelo, no era poco.

En esta nación de la cuenca del Congo, segundo pulmón verde del planeta después de la Amazonia, nada menos que el 85 por ciento del territorio está cubierto por junglas vírgenes con más de 1.000 especies de árboles que miran al cielo, ese mismo cielo que surcaba el avión español. Natalia nunca había buscado Libreville en el mapa, hasta que fue designada para la misión. Entonces, una delgada línea pintada en el mapa le señaló la distancia entre su casa en Madrid y Libreville, 4.646 kilómetros. “¡Casi nada!”, pensó.

No demasiado lejos del alojamiento de los militares, Abdur y su pequeña hija, Mary, de apenas 10 años, vivían en un humilde piso de un edificio de 2 plantas, hecho de bloques de hormigón y cubierto por la chapa de un agrietado techo de uralita. Las ventanas, muchas de ellas con los cristales rotos o directamente sin ellos, acompañaban la desolada, triste y grisácea pared de las viviendas, que

sujetaba los tendederos con las desgastadas ropas de sus vecinos. Su casa estaba en el bajo, nada más entrar al edificio, junto a las viejas escaleras que daban acceso al resto de pisos. Nada más que un pequeño salón, un dormitorio, una cocina y un baño; apenas 40 metros cuadrados en los que el gabonés había planificado su futuro en familia, antes de la maldita enfermedad de su mujer que le dejó viudo.

Aquella noche, como tantas otras, las nubes se apoderaron del cielo. La cena entre padre e hija estaba resultando un tanto tensa. La abundante lluvia se colaba por las múltiples grietas de la vivienda y el ensordecedor ruido del agua impactando con el suelo incrementaba la tensión. Una gotera comenzó a regar el plato con el rojizo guiso de pescado, repleto de especias, que estaban cenando.

- ¡No, papá, no! Estoy cansada de que siempre me trates como a una niña. ¡Ya soy una mujer!... y mañana me voy a ir con él a la playa.
- Escúchame, Mary, eres muy pequeña y él es muy mayor para ti. ¡No me gusta su mirada! No me gusta –repitió, pensativo.
- ¡Tú no sabes nada papá, eres un viejo!
- Por eso sé más que tú –sentenció sin elevar la voz, pero con contundencia el padre de la pequeña rebelde.

Las palabras parecían sincronizarse con la lluvia y la encendida discusión entre ambos iba entrando en fase de calma, sin acuerdo, tras la tirantez, a la par que las nubes terminaban de descargar. El sueño se fue adueñando de la situación. Y, una noche más, los dos se durmieron abrazados sobre el solitario colchón del dormitorio. Abdur abrió los ojos y miró el techo pensando en qué haría su mujer en una situación como esta, le pedía consejo con sus pensamientos. Las goteras colgaban lentamente del techo como sin querer caer, como durmiéndose.

Clareaba un nuevo día en Libreville. El sol iluminaba las calles y en la selva continuaba la incesante vida, el ciclo imparable de la naturaleza. Abdur seguía tumbado. Normalmente a esta hora, y con esta mar, ya habría salido con la pequeña embarcación que heredó de su padre para ganarse la vida como pescador. Sus negras manos estaban agrietadas por los numerosos anzuelos que encontraron

cobijo en su piel. No le gustaba demasiado su trabajo, pero “¡acaso sé hacer otra cosa!”, se había reprochado en numerosas ocasiones.

Natalia, desde la ventana de su habitación, contemplaba una buena vista panorámica de la ciudad. Con la temprana luz del amanecer, tras la ducha, aprovechaba para cepillarse su precioso y largo pelo rubio, mientras se terminaba de ajustar el ceñidor del pantalón del uniforme y de atarse las botas. Imaginaba cómo serían las gentes de las humildes casas que observaba, al otro lado de la delgada línea que le separaba de aquellos desconocidos. Eran casi las 7 y ya podía ver el autobús que cada mañana los llevaba hasta el campamento francés ‘Charles De Gaulle’.

El vehículo del Destacamento acababa de salir con la misma ruta de todas las mañanas, lleno de militares españoles que, cargados de energía, bromeaban buscando la “particularidad”, la forma de ser de cada uno para “sacarle punta” y divertirse todos, de buen rollo, sin ningún tipo de maldad. Es una de las cosas que aporta estar de misión y conocerse muy bien, pasar tantas horas juntos; el formar una segunda familia, tan lejos de casa. El paisaje urbanístico les mostraba una carretera llena de baches, con un intenso y desordenado tráfico, lleno de viejos coches, con bolsas de basura dibujando los bordes de la carretera y olorosos puestos de comida o ropa por todas partes. A esa hora, los niños con sus coloridos uniformes escolares caminaban ya por los márgenes de la carretera, cruzando por cualquier lugar, con escasas medidas de seguridad. Las mujeres, con pesadas bolsas o recipientes sobre la cabeza, recorrían calles sin asfaltar, salpicadas de palés de madera tapando agujeros en el suelo, que convivían con infinidad de llamativas sombrillas playeras que les protegían del intenso sol. El griterío de los ruidosos animales vivos enjaulados, pendientes de ser servidos en algún delicioso guiso formaba parte del paisaje sonoro de esta estampa, que se completaba con los variados uniformes de los militares gaboneses, que, por cierto, contaban con una importante presencia de mujeres. En definitiva: “Sabor a África”, como dirían sus compañeros.

A Natalia le encantaba esa media hora de risas en el autobús antes de llegar al trabajo, aunque esta mañana estaba más centrada en repasar sus notas. El equipo sanitario tenía previsto realizar una visita al colegio San José de Calasanz,

donde habitualmente el destacamento daba charlas en español, para fomentar nuestra lengua entre los jóvenes del país. En esta ocasión, el tema eran los primeros auxilios y ella se lo tomaba muy en serio, ya que su comandante le había dado esta responsabilidad y no quería defraudarla. El colegio estaba dirigido por el padre Luis, un español que llevaba media vida en Gabón y que había impulsado la creación del centro desde la nada, un valioso apoyo para los militares españoles que, rotación tras rotación, se ofrecía para realizar la correspondiente ceremonia religiosa en los actos militares. El religioso era una verdadera “historia viva” del *Destacamento Mamba*, desde sus inicios.

Tras dejar al personal en la base francesa, Francky el conductor nativo que habitualmente les asesoraba y los llevaba a todos los rincones de la ciudad, se quedó únicamente con el personal sanitario y el sargento Martín, para dar seguridad en el recorrido hacia el colegio Calasanz. La comandante dio la orden y el vehículo arrancó.

- ¡Ya verás Nati que majos son! -dijo Marta.
- Son súper receptivos y se nota que les gusta mucho que vayamos. Son muy, muy agradecidos -insistió Pablo.
- Ya, si es lo que me ha dicho todo el mundo –respondió la joven.

De nuevo iban sumergidos en el bullicio y movimiento de las calles. La verdad es que a los españoles pasear, circular por la ciudad, les permitía contemplar otra cultura, otra forma de vida totalmente diferente. Con escasos ancianos, sin perros, sin transporte público, con mínimas infraestructuras, mucha suciedad, pobreza y una búsqueda incesante de pequeños recursos con los que sobrevivir. A pesar de todo ello, sus gentes, con sus miradas, transmitían una nobleza y una transparencia que a Natalia le llegaba al corazón.

Abdur acababa de ponerse, silenciosamente, para no despertar a su hija, el pantalón corto y la camiseta. Estaba preparado para salir cuando, de repente, escuchó un tremendo ruido, el más grande que jamás había oído en su vida, y sintió un gran temblor. Parecía que el mundo se había terminado, la oscuridad y el polvo

se adueñaron del dormitorio. Multitud de cascos les cayeron, impactaron sobre ellos, les atraparon.

- ¡Papá, papá!, ¿dónde estás? ¡Papá, papá! –gritó desesperadamente Mary, que había tenido el peor despertar de su corta vida.
- ¡Aquí, mi niña aquí! –vociferaba Abdur, mientras en medio de la oscuridad tanteaba con las manos tratando de encontrarla.
- ¡Papá, papá no te veo, no veo!
- -Tranquila mi niña, tranquila. Estoy cerca.
- ¿Qué ha pasado Papá? Papaaa –no cesaba de repetir muy nerviosa.
- No lo sé mi niña, no lo sé.

Los cascos les rodeaban por todos los lados. Mary lloraba muy asustada. Abdur se tocó la frente y notó la sangre sobre su rostro. Por fortuna, no era nada importante, es lo que él pensaba mientras iba quitándose trozos de hormigón para tratar de llegar hasta su hija. Los llantos le indicaban que estaba muy cerca, aunque le suponía un gran esfuerzo mover los pesados bloques. Por fin, con la punta de los dedos, sintió la mano de su pequeña. Fueron unos instantes de gran angustia para ambos.

- ¡Papá, papá!, no me dejes nunca –exclamó muy emocionada mientras sentía como llegaba hasta ella.

Los dos se fundieron en un abrazo en plena oscuridad.

- Y luego dices que eres mayor –le reprochó cariñosamente- ¿Te has hecho algo?
- No, yo creo que no. No veo nada, tengo mucho miedo, Papá –sollozó la pequeña.
- Tranquila –insistió su padre, tratando de transmitir una calma que a él mismo le faltaba.
- ¿Cómo vamos a salir?
- Ahora lo vemos, déjame recuperarme.
- ¿Lo vemos? –respondió riéndose la pequeña, mientras se abrazaba con más fuerza.
- ¿Tienes tu móvil? A ver si nos ilumina.

El colosal y repentino derrumbamiento coincidió justo cuando el autobús del destacamento había sobrepasado el edificio, por fortuna para sus ocupantes. Unos segundos antes y podría haber sido terrible. Era la imagen de una gran masa grisácea que se deshacía, que se encogía, como si fuera de plastilina, con un estruendo que silenció por un momento los desgarradores gritos de los vecinos. El caos, el miedo, la sangre, los heridos y el desconcierto rodearon al vehículo. Marta se dirigió al conductor.

- ¡Para, para inmediatamente!

Francky dio un brusco frenazo con el autobús.

- ¿Qué ha sido eso? –gritó Natalia muy nerviosa.
- ¡Qué pasada! ¡Vamos, vamos a coger el equipo!, Lo vamos a necesitar -ordenó de nuevo la comandante, mientras observaba el desastre.
- No tenemos gran cosa aquí –dijo el capitán mientras rebuscaba dentro de su mochila botiquín con material para primeros auxilios, tiritas, tijeras, vendas...
- Mi comandante, de aquí no sale nadie hasta que haga una inspección de la zona -dijo autoritariamente el sargento Martín.

La comandante, el capitán y la soldado se apresuraron a salir del vehículo. Martín, que ya estaba, fuera los miraba serio.

- Tranquilo nos quedamos aquí –aclaró la comandante mirándole.

Los militares uniformados frente a la muchedumbre, frente al desastre, representaban el único indicio de un poco de orden en medio del caos absoluto. Unos pocos “blancos” en los que se centraban las miradas desesperadas de una población negra, sumida en la pobreza y que encontraba en los militares franceses y españoles un punto de apoyo. Marta sacó su móvil y se dispuso a llamar. El cabo se acercó a las ruinas y, tras echar un vistazo a la zona, les hizo una señal con las manos para que le acompañaran. Marta elevó el pulgar y confirmó.

- Con mucho cuidado acercaros a una primera inspección –indicó la comandante a sus compañeros, mientras hablaba por teléfono.
- Vamos Nati, con cuidado –respondió Pablo.

- Pero es terrible, tiene que haber mucha gente bajo los escombros, ¡vamos, vamos!, nos necesitan –animó Natalia, mientras aceleraba su paso hacia los restos.

Un pequeño haz de luz es lo que ahora tenían gracias a que Mary había logrado localizar su pequeño y anticuado móvil. Ahora veían cómo ocupaban un pequeño hueco entre una gran masa de restos y basura. Abdur cogió el aparato y señaló hacia arriba, donde apenas se intuía una angosta galería que daba la sensación como de ser una especie de “tobogán” cuyo final dejaba ver un minúsculo cielo. Quizás era el espacio de las escaleras, no lo sabía. Para ellos resultaba inaccesible, ya que estaba elevado a un par de metros sobre el suelo en el que estaban ellos. Probablemente, alguien podría verlos o lanzarles una cuerda. Comenzó a iluminar ese hueco de forma intermitente.

- ¡Estamos aquí, aquí!, ¡Ayuda!, ¡ayuda! -chillaron los dos con todas sus ganas.

Nati caminó aceleradamente sorteando obstáculos como pudo por la montaña en la que se había convertido el inmueble y dejando atrás a su capitán y al cabo, a pesar de sus gritos. A su alrededor había muchos heridos, gente deambulando sin un destino claro, otras personas sacando a las que estaban medio sepultadas, retirando restos ante una nube de polvo y un griterío generalizado. Muchos habían logrado salir a tiempo, otros fallecieron en el acto. Una mano inmóvil con los dedos extendidos se alzaba bajo un cuerpo oculto, mostrando la temible estampa de la muerte. Ella, que nunca había visto un cadáver humano, se quedó paralizada un instante, mirando horrorizada el rastro de un siniestro espectáculo. De fondo, entre muchos ruidos, escuchaba mezclada la voz de Pablo y Martín que vociferaban su nombre, buscándola, pero era incapaz de reaccionar ante tanto dolor. Desde la cima de la montaña pensaba qué podría hacer para ayudar a aquellas pobres gentes, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Un parpadeo de luz mínimo de luz llamó su atención, parecía una señal de vida desde las profundidades.

Nati caminó unos metros más, siguiendo la tenue luz hasta llegar al punto más elevado de los escombros. Allí, descubrió una especie de ventana, algo similar a la boca de un volcán. Miró hacia abajo, pero no distinguía nada. Unas voces llegaban a la cima.

- ¡Estamos aquí, aquí, socorro! -escuchaba de forma casi imperceptible.

La militar española sacó su móvil e iluminó el hueco. Seguía sin reconocer nada.

- ¡Hola, hola, alguien hay alguien! –gritaron con todas sus ganas.

El hueco era bastante estrecho, aunque lo suficientemente grande para que pudiera deslizarse una persona a través de él. Natalia estaba muy nerviosa, tenía la sensación de que había alguien unos cuantos metros más abajo. Su curiosidad le hizo acercarse aún más al hueco y para ver mejor introdujo su cabeza y el brazo que sujetaba la linterna del móvil encendida. Ahora sí, apreciaba unas formas, unas siluetas humanas, aunque con poca claridad.

- ¡Aquí, aquí, ayuda por favor! –gritaban desesperadamente padre e hija.

Desde el fondo, la presencia de la joven no había pasado desapercibida para los gaboneses. Abdur movió el móvil para iluminar hacia la zona superior.

- Hay alguien Mary, hay alguien, ¿lo ves?
- Síiii, papá sí...hay alguien, creo.

Natalia estaba muy emocionada. ¡Acababa de localizarlos! Tenía la certeza de que había alguien atrapado. Iba a ser útil y estaba ansiosa por ayudar. Se movía nerviosa con el móvil, tratando de ver mejor, metiéndose, sin darse cuenta, cada vez más en la boca del “volcán”. La zona en la que se apoyaba se iba deslizando poco a poco, haciendo caer algunos cascotes, pero ella no se daba cuenta: sólo tenía en su mente a las personas del fondo de ese oscuro pasadizo. De repente, el gran cascote que la sustentaba se desprendió, arrastrándola y la haciéndola perder el control de su cuerpo para descender de cabeza por el hueco. La caída fue tremenda, era como deslizarse por un tobogán, golpeándose con objetos duros durante el trayecto.

El capitán no cesaba de gritar llamando a Natalia. Martín había activado el protocolo de seguridad y la buscaba en medio de un paisaje desolador, incapaz de encontrarla. El móvil del oficial sonó.

- ¡Sí, Marta!, estoy buscando a Nati.

- ¡Cómo! ¿Buscándola? -respondió, enérgica, la comandante- ¿Por qué os habéis separado? ¿Y Martín?
- Aquí anda: le estoy viendo a pocos metros...No lo sé, no lo sé, ha sido todo muy rápido, ya sabes cómo es.
- Bueno, estará cerca, ¡encontradla ya! En cuánto estés con ella me avisas. Ya están de camino los franceses y el jefe. Veniros enseguida.
- Vale, vale.

Pablo llamó de nuevo al móvil de Nati y saltó el buzón de voz. No estaba operativo. La preocupación iba en aumento.

Las ruidosas sirenas de dos ambulancias gabonesas circulando a gran velocidad se mezclaban con el ensordecedor griterío de la muchedumbre, que se agolpaba en los alrededores. Eran dos viejas furgonetas con una enorme cruz roja en los laterales y pintadas en verde, amarillo y azul (los colores de la bandera del país), con las ruedas embarradas y verdosas luces parpadeando en el techo. Frenaron de golpe y de ellas salió aceleradamente un equipo de personal sanitario con indumentarias que recordaban los colores de su país. Un pantalón azul oscuro, una especie de chaqueta/bata amarilla y unos curiosos gorros triangulares verdes. De no ser por la gran cruz roja que llevaban estampada en su pecho y por el maletín sanitario, claramente reconocible, a un europeo le costaría identificar a este personal como sanitario.

Rápidamente, comenzaron a sacar tumbonas portátiles para trasladar y atender a los heridos. El equipo estaba constituido por 10 personas, claramente insuficiente para atender a las víctimas. La gente se agrupaba cerca de ellos, hablado todos a la vez y gritando desesperadamente. Marta, desde la distancia, observaba el panorama, mientras que Martín y el capitán enfermero se mantenían también a cierta distancia, pendientes de localizar a Nati y de la llegada de refuerzos. Sin duda, el resto de personal de Gabón y el apoyo francés y español no tardaría en llegar.

El golpe de Nati fue tremendo, cayo de “morros”, aunque más allá de algún que otro rasguño, afortunadamente no tenía la sensación de haber sufrido ninguna lesión de gravedad. Se quedó en una extraña posición, “boca abajo”, sin atreverse a abrir los ojos, sin reaccionar tras el golpe, muy desconcertada. Una nube de polvo la envolvía, mientras iba recuperando lentamente una posición más cómoda.

La sanitaria se limpió la cara y los ojos, que todavía mantenía cerrados, cuando las voces de padre e hija, gritando en francés palabras que le costaba entender, le hicieron abrirlos. No veía nada apenas, aunque si los oía. Un pequeño haz de luz extrajo de la oscuridad, de forma casi imperceptible, la bandera española que lucía en el hombro izquierdo de su uniforme. Luego la luz alumbró su rostro. Nati no podía distinguir nada, comenzó a palpar a su alrededor buscando su móvil. Se le había escurrido de la mano poco antes de darse de bruces al final de su caída. Tenía que estar muy cerca. Y, efectivamente, gracias a que todavía mantenía la linterna encendida, pudo encontrarlo. No se había roto. Extendió el brazo, lo cogió e iluminó a su alrededor.

Tras unos leves movimientos con la luz de su móvil alrededor de los restos, a escasos metros halló los rostros asustados de Abdur y Mary. El corazón le dio un vuelco cuando gritaron emocionados. Se puso en cuclillas y, a duras penas, logró llegar hasta ellos. Los tres se fundieron en un sentido abrazo. Sin comprender muy bien el motivo, este abrazo fue el más “sentido” que la militar había recibido en su vida.

Los perros ladraban alertando del descubrimiento de otro cuerpo oculto bajo las piedras. Bomberos gaboneses y franceses trabajaban a destajo tratando de salvar el mayor número de vidas posibles. Liderado por militares franceses se montó un cordón de seguridad alrededor de las ruinas, donde los lugareños se amontonaban para curiosear o chillar desesperadamente al identificar entre las víctimas algún conocido.

El recién llegado al lugar de la catástrofe, teniente coronel Marco, jefe del destacamento español, escuchaba perplejo las explicaciones sobre la desaparición

de Nati que trataban de darle entre la comandante Marta, el capitán Pablo y el sargento Martín. Marco no entendía lo sucedido.

- Por más que me digáis, me resulta inexplicable que no sepáis dónde está.
- Mi teniente coronel, fue todo muy rápido, en segundos, tiene que estar muy cerca –respondió muy nervioso el sargento Martín.
- Seguid llamando a su móvil; siempre solía estar pendiente –dijo Marta con seguridad.

El teniente coronel se acercó hasta el coronel Pierre Dupont, jefe del 6º Batallón de Infantería de Marina de los elementos franceses en Gabón, con el que tenía una fluida relación y que estaba prestando apoyo con su personal en esta tragedia. El francés llevaba más de 2 años en el país africano, por lo que era muy conocedor de sus gentes y su opinión podía ser de gran utilidad. Inmediatamente, se puso manos a la obra y, en coordinación con el personal “Force Protección” español, activó un plan de búsqueda.

Los tres permanecían abrazados como si se conocieran desde hace mucho tiempo, como si esta posición les diera más fuerza, más valor. Mary alumbró con su móvil los colores de la bandera española estampada en el uniforme de la sanitaria. Quería verla otra vez mejor. A la mente de la niña llegaron agradables recuerdos de las visitas que los militares habían realizado a su colegio, con clases de español y reparto de alimentos. Seguidamente centró la luz en su rostro y vio sus ojos. Sin necesidad de intercambiar ninguna palabra la niña leyó en la mirada de aquella desconocida que nunca los abandonaría, que haría lo que fuera por ellos, sin dudar. En este remoto lugar del mundo esa “blanca” les proporcionaba esperanza en la situación más peligrosa de sus vidas. Este mágico momento fue interrumpido por el inicio de un desprendimiento de piedras de la zona superior que auguraba un desenlace poco optimista. Sin dudar, Abdur cogió una chaqueta del colegio de su hija y la usó a modo de “paraguas” bajo el que se protegieron los tres. A pesar de la escasa luz, Nati llegó a leer las palabras grabadas en el escudo: Colegio San José de Calasanz. “Era el mismo colegio al que ellos se dirigían, puede que incluso fuera la misma clase. ¡Qué increíble coincidencia!”, se dijo a sí misma.

En la superficie se alternaban los trabajos de rescate y atención del personal herido con la búsqueda de Natalia. El jefe del destacamento español escuchaba con atención.

- Tiene que estar aquí, mi teniente coronel, eso seguro, hemos revisado la zona y lo más probable es que esté bajo los restos –afirmó el sargento Martín.
- ¡Bajo los restos!, ¿cómo es posible?
- No lo sé, un derrumbamiento de última hora, un resbalón...
- ¡Tengo que informar!, necesito algo concreto, algo...-respondió muy nervioso el teniente coronel.
- Lo sé, mi teniente coronel, lo sé.

La oscuridad invitó a Nati a sumergirse en sus recuerdos. Su padre siempre le había dicho que en las situaciones más complicadas siempre hay que buscar lo positivo. De fondo escuchaba la nerviosa conversación entre padre e hija, de la cual ella solo lograba comprender algunas palabras. Mary tocó el hombro de la sanitaria y le mostró como su móvil dejaba de funcionar. La batería se había terminado. La española revisó entonces su teléfono que seguía sin cobertura, y lo que es peor, sólo le quedaba una “rayita” de batería. A pesar de todo, Nati intentó dar tranquilidad.

- No os preocupéis, nos van a encontrar, seguro –exclamó, hablando despacio, pensando que podrían entenderla.

Tras unos segundos de espera, no hubo respuesta.

- Ne vous inquiétez pas, ils nous trouveront sûrement –repitió con un francés mejorable.
- ¿Assurance? –contestó Abdur- ils savent que nous sommes là.
- ¡Ouais! ¡Sí, claro que sí! –dijo en alto muy emocionada la militar.
- Gracias, muchas gracias, gracias –repitió la pequeña Mary en un español afrancesado.
- ¿Sabes español? –preguntó Nati.

- Un poco del colegio y... también... de las clases de los... militares españoles –contestó, esforzándose en construir la frase.
- ¡Qué bien!
- Gracias por estar aquí –susurró la joven, emocionada, mientras cogía la mano de Nati y la de su padre.

Martín subió hasta la zona más elevada de las ruinas, era imposible que su compañera se hubiera esfumado, que se hubiera borrado de golpe. Contemplaba los restos, cuando un punto verdoso sobre el suelo llamó su atención. Se acercó y encontró, por fin, una pista, una referencia inequívoca de la cercanía de la presencia de su compañera: un parche con una serpiente con la boca abierta sobre un mapa de África y a su alrededor escrito 'Destacamento Mamba'. Nati no estaba lejos.

La “boca” del tobogán se había reducido notablemente y ahora era un hueco muy pequeño en el que apenas se podía introducir una mano. Esto ocasionó que la concentración del polvo aumentara, obligándoles a taparse la nariz con la mano o la ropa. Por fortuna, desde las profundidades no se habían dado cuenta de que ahora sí que era muy complicado acceder hasta ellos. Sin embargo, Martín ya había recurrido al apoyo de un perro que, sin duda, si estaban ahí, los descubriría.

- Mi teniente coronel, está cerca, muy cerca, está debajo de los restos – dijo mientras le mostraba el parche del destacamento.
- ¿De ella?, ¿dónde lo has encontrado? –preguntó, mientras el sargento le indicaba la zona con la mano.
- Buen trabajo Martín, si no la encuentras tú nadie lo va a hacer- respondió el teniente coronel.
- Mi teniente coronel, Nati es la menor compañera que nadie pueda tener, pero, aunque no lo fuera, la sacaríamos al precio que fuera.

Martín, acompañado de dos componentes del destacamento y de otros tantos militares franceses, se dirigió al punto donde había encontrado el parche, empujado por los tirones ansiosos de un precioso perro pastor belga.

En su imaginación Nati se veía trepando por el “tobogán” con Mary agarrada a su espalda y Abdur detrás. Arriba, les esperaba Marta, Pablo, Marcos y el resto de los compañeros con los que se fundía en un abrazo. Todo quedaba en un susto mientras, por teléfono, le contaba a su padre la aventura vivida en este remoto lugar

y lo orgullosa que se sentía por haber trabajado para salvar a esta familia. Pero un fuerte estornudo de la niña le devolvió a la cruda realidad. Continuaban atrapados y su móvil apenas duraría encendido algunos minutos más.

La gran cantidad de polvareda, sumada a la oscuridad, creaban un ambiente irrespirable. Nati recordó en ese momento que tenía una tableta de chocolate en el bolsillo del pantalón. Se levantó para poder moverse con mayor libertad dentro de las posibilidades que el reducido espacio les ofrecía. Palpó en su interior y tras sacar unas pastillas de Malarone, que tomaba diariamente para prevenir la malaria, la encontró y la compartió.

- Muchas gracias –respondió Mary.
- Merci –dijo Abdur.
- Nos encontraran, seguro –se reafirmó la española.

A no demasiados metros del lugar, en la superficie, el avisado perro olisqueaba la zona moviéndose aceleradamente por los alrededores. Martín y el resto de personal le seguían muy pendientes por ver qué hallaba.

- ¡Vamos bonito, vamos! –le gritaba el sargento, mientras le acercaba al hocico el parche de su compañera.

Se destapó la boca lo justo como para tratar de comer el chocolate y no tragar demasiado polvo. No obstante, su dulce sabor transportó mentalmente a la española a sus primeros días como militar, de alumna, cuando iba a Jurar Bandera, cuando juró estar dispuesta a entregar su vida por su país, cuando besó la Bandera de España, para trabajar por un mundo mejor. Una lágrima rodó por su mejilla, iba a morir por nada. “¡Qué estúpida soy! ¿Por qué asomaría tanto la cabeza hasta caer aquí? ¿Realmente valen la pena estos desconocidos?”, se preguntó.

Sus días de alumna en la Escuela de Técnicas Aeronáuticas, mientras se formaba para su especialidad sanitaria, le traían a su memoria algunas lecciones. “En situaciones límite, nunca hay que perder la calma, nadie queda atrás. Ellos confían en ti, eres todo lo que ahora tienen”, le solía decir su profesor cuando

realizaban las prácticas en las ruinas que tenían preparadas dentro de la base aérea de Torrejón para simular actuaciones ante catástrofes. Recordaba perfectamente los últimos ejercicios con sus compañeros de la UME que, siguiendo los ladridos del perro, localizaban a unos ficticios heridos bajo los escombros. “Cada minuto, cada segundo, cada paso es una vida”, le solían decir. Ahora era ella la que estaba en una situación crítica y dependía de la preparación de sus compañeros. Eso la tranquilizaba, aunque el miedo seguía presente.

Interrumpiendo sus reflexiones, sintió la sudorosa mano de Mary que agarró la suya con fuerza. Una mano que pedía amor, cariño y fuerza. Esa mano ardiente espantó de golpe todos los miedos y amarguras de Nati. ¡Qué narices, estaba donde tenía que estar! Si no hubiera dado lo máximo de sí misma, nunca se lo habría perdonado.

De repente, de la penumbra emergió una pequeña luz procedente del móvil de la militar, era un mensaje de wasap. ¡Había cobertura! Ese pequeño desplazamiento que había realizado para coger el dulce le había permitido tener una delgada línea de comunicación con el exterior, y comprobó cómo moviendo un poco el móvil cogía o perdía la señal. Era un mensaje de su padre, que compartía con ella por wasapp un vídeo realizado por el 20 Aniversario del Mando de Operaciones. ¡Qué casualidad!, ella misma había estado pensando precisamente en esta efeméride para asistir con su padre, militar que ya estaba en la reserva, a su regreso a España, al acto conmemorativo programado para junio en la base de Retamares.

Lo reconoció nada más recibirlo, pero, aunque tenía unos grandes deseos de verlo, primero consumió la penúltima “gota” de su batería para mandar su ubicación al sargento Martín. Después, se abrazó a Mary y Abdur y los tres se pusieron a ver el vídeo. Era un breve recorrido histórico por algunas de las 17 misiones internacionales en las que España participa, con imágenes de Afganistán, Líbano o Malí y de las evacuaciones de Kabul, Sudán o Níger. En uno de los planos aparecía la propia Nati realizando un torniquete durante un ejercicio y, como si el propio móvil hubiera hecho un esfuerzo final por mostrar aquella imagen, seguidamente se apagó de golpe y la pantalla se oscureció por la falta de energía. Ahora sabía lo orgullosa que se habría puesto su padre al verla en el vídeo y por qué se lo mandó.

Los tres se quedaron en silencio ante una gran oscuridad. La última imagen que habían visto era la de Nati practicando un torniquete. Los ruidos lejanos no les daban ninguna pista de lo que fuera estaba sucediendo. El abundante polvo hacía cada vez más difícil respirar, a pesar de que se cubrían la nariz con la ropa.

En el exterior, españoles y franceses continuaban sin localizarles. Martín seguía nervioso los movimientos del perro que se movía en todas las direcciones, pero sin suerte. Lo que tenían claro es que la española se encontraba bajo los restos y si no había ninguna evidencia de dónde estaba, tendrían que iniciar la retirada de escombros por una zona que podía estar bastante alejada de ella y eso era un inconveniente que podría costarle la vida.

Las tareas de rescate y de atención a todo el personal afectado continuaban, aunque se iban limitando los movimientos en los restos para evitar más desprendimientos. Se estaba coordinando una acción conjunta y el jefe del destacamento español escuchaba atentamente las indicaciones del personal francés y gabonés. Debían bajar de esa montaña de escombros para iniciar el desescombro. Las víctimas que ya se habían sacado habían tenido suerte, pero ahora resultaba muy peligroso andar por la zona. El teniente coronel sacó su móvil y llamó al sargento Martín, que llevaba el suyo en el bolsillo del pantalón, pero no escuchaba nada. Insistió y fue el propio perro el que, con el hocico, le golpeara en el bolsillo para avisarle de la llamada.

- Martín, escúchame: tenéis 5 minutos; después, ¡bajad inmediatamente!
- Pero mi teniente coronel, no sabemos dónde está, necesitamos más tiempo -respondió Martín, mientras se percataba de que tenía un wasap de Nati.
- No podéis seguir ahí, es muy peligroso, estamos coordinando la forma de retirar material de forma segura....

El sargento, emocionado, ya no prestaba atención a las palabras de su jefe que seguían sonando en su móvil mientras él pulsaba el icono de la ubicación que

Nati le había mandado. Ella estaba muy cerca. Se lo mostró excitado al resto de compañeros y la alegría se instaló en sus rostros. Habían pasado por ese punto en varias ocasiones, pero al fijarse mejor ahora detectaron la pequeña “boca” del hueco por dónde cayó. Con sumo cuidado fueron quitando piedras y bloques de hormigón, ampliando una ventana que les permitía ver el final del hueco.

Desde el fondo, la delgada línea de luz se iba viendo cada vez más grande, aunque ninguno de los tres apreciaba nada. Apenas un rato antes, sus fuerzas les habrían permitido ser conscientes de que habían sido localizados, pero ahora permanecían abrazados en una especie de sueño del que, salvo actuación urgente, nunca regresarían.

Martín llamó al jefe del destacamento que rápidamente respondió.

- Dame buenas noticias por favor.
- Mi teniente coronel, nos sobran 4 minutos, ¡ya sabemos dónde está! - exclamó lleno de alegría.
- ¿Está bien?
- Todavía no lo sabemos, pero está acompañada
- ¿Acompañada? –se sorprendió su superior.
- Deben de ser vecinos del edificio. El lugar está cargado de polvo y no responden.
- ¡Gracias a vuestro trabajo, nadie queda atrás, sois los mejores! Mucho cuidado.
- Vamos para allá -dijo la comandante Marta, mientras preparaba su equipo sanitario.
- Todavía tardaremos un poco, mi comandante, el acceso es complicado.

Habían pasado unos meses desde aquella intensa experiencia. Nati ya había hecho el camino de vuelta, siguiendo aquella delgada línea en el mapa desde Libreville hasta España. Sobre ella aparecían recuerdos de sus vivencias en la misión, de sus días de formación, de las palabras de su padre cuando le daba

consejos antes de partir hacia Gabón y de su caída hasta el lugar donde conoció de manera tan abrupta a Abdur y Mary, de los que no había vuelto a tener noticia.

Los momentos posteriores al rescate fueron muy acelerados. Los tres estaban tan aturcidos que no habían tenido ocasión de establecer contactos antes de separarse y Nati se moría de ganas ahora de saber algo de ellos. ¿Habrían podido reanudar sus vidas con cierta normalidad? ¿Tendrían un lugar digno donde vivir? ¿Seguiría la pequeña perfeccionando el español y, sobre todo, se acordaría de ella cuando lo hiciera?

Había intentado recuperar el vínculo, pero no era fácil volver a tener noticias de aquellos desconocidos con los que se había fundido en el abrazo más intenso que recordaba haber dado nunca. Ahora eran más de 4.600 kilómetros los que separaban sus vidas, pero no era tanto la distancia física sino esa línea, no tan delgada, que diferenciaba el perfil de una joven española con una prometedora carrera sanitaria en el Ejército y una familia monoparental atrapada en los suburbios de la capital de un país cuya esperanza media de vida apenas supera los 65 años. Su trabajo y el de sus compañeros era muy necesario para un mundo mejor. Abdur y Mary estarían siempre en su corazón.